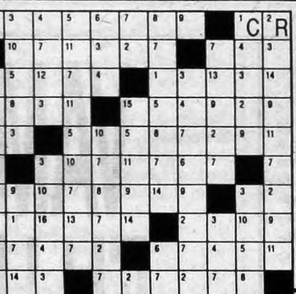
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION JUEVES

M	O	N	O	S		C	O	L	A	R
O	T	O		O	J	O		A	J	O
T	O	S	E		A		O	R	E	S
O	N		D	A	D	O	S		N	A
R		L	I	B	E	R	A	R		D
E	M	U	L	O		A	N	O	T	O
S	O	N		L	I	D		D	A	S
	L	A	M	I	N	O	S	O	S	
M	E		O	S	E	R	A		A	L
E	R	A	L		S		L	O	B	O
S	E	R	I	O		R	A	N	A	S

VAMPIROS REFLEJADOS EN UN ESPEJO CONVEXO (Y MORALEJA FINAL)

Página/2/3



Verano/12

RECESO PARLAMENTARIO

(Por Eduardo Blaustein) Magros, macilentos, a las 4.35 de la madrugada los especímenes del bar Fauna, tras erguir las orejas por última vez, retroceden hasta sus madrigueras. La noche no les cambió la vida y sólo quedan dos mesas ocupadas, sin contar la del borracho que duerme con las zarpas arañando charcos de cerveza. Hay una cosa ahí, una rubigruesa y teñida, rumiando el silencio junto al antílope que la acompaña con el peluquín humedecido por el calor. Más allá, el diputado Alvarado charla con su entorno habitual.

Pace Susana, ex pintora, ex actriz, ex pantera, separada de una decena de bestias —hienas linces alces piojos— en historias de doce fascículos. Lleva una boleta del MAS entre los dientes; es solidaria y feroz en el ambiente de los derechos humanos. En sus picos, en sus picos depresivos, pero también en sus arrebatos eufóricos, dice que esta última actividad "es mi terapia ocupacional" o "mi instinto de supervivencia", y no se pone de acuerdo.

Ramonea el Vasco los colmillos gastados por quince años de jaula en el periodismo y ocho de hibernación parlamentaria. Cuando sus colegas, loros y gallaretas emigran a otros bebederos evita prolongar el cotorreo político. Le preguntan: "¿Ya no creés en el periodismo?". Contesta: "No soy creyente. No soy ateo". Sin embargo, es tan hábil en el oficio de la honestidad —entre criaturas que reptan, graznan y carroñean— como diestro en la pesca de la trucha, aunque hoy no pica nada.

Ante Mowgli, escritor, crítico, asesor, sólo cabe jadear de excitación, cansancio o hastío. Oscuro y sabio como las lechuzas, sale de pronto de su reposo y emerge en parábolas hermosas, como los delfines. Se distrae de pronto en el aire, planea mirando el mundo con desconfianza, baja en círculos como los zopilotes y ya cuando posa en tierra lleva las plumas empapadas de petróleo o de mierda. Es así como se torna gutural, bufador y nervioso. Un tipo desgraciado a quien la idea del suicidio siempre le pareció estúpida y mientras tanto vive con la madre, una santa que muge desde las ubres vencidas.

El diputado Alvarado —Ezequiel Félix Alvarado— hace de líder de la manada desde la mera contemplación. Sólo de vez en cuando acota con lo justo o bien, cuando las miradas de los otros son un guiño, filosofa con voz queda.

Es un jueves plomizo y caliente de enero, las camisas se mojan, el Congreso está en receso y la jungla de asfalto, a oscuras, se derrite y desmorona con una cierta pereza, sin mayor alarma entre los ángeles que la habitan. El diputado Alvarado —PJ de alguna provincia— escucha y alza el vaso de whisky vacío mostrándoselo al mozo. Escucha y prepara su *acuyico* según la rutina de las 4.35. Siempre, lo primero que hace al llegar a Fauna es desplegar en la mesa el atado de Parisiennes, la bolsita de polietileno con hojas de coca y el frasquito de bicarbonato. Le sucede a menudo que las hembras jóvenes mastican las hojas esperando algún dato imprevisto del folklore antes de irse a dormir. Piensa entonces el diputado en su hija de 16 años probando suerte en Bologna y —a través de su hija— en su ex mujer probando suerte en Neuquén.

Ezequiel Félix Alvarado no habla de política. Poetiza al peronismo en la reconstrucción de anécdotas provincianas o en la de su propia biografía, allí donde se entrelazan genealogías coloniales, guerras barrocas y perdidas y la herencia de sangre putativa de conquistadores, curas visionarios, caudillos montoneros. "Pero", dice, "en la confusión hay una línea histórica". El bisabuelo centinela y coronel, el abuelo muerto de frío en Ushuaia, el padre que hacía circular clandestinamente a los cuadros de la Resistencia en su escape a La Paz. Suma tres años de cárcel en Las Lomitas —donde Alvarado tomaba mate con Menem— y un hermano menor, desaparecido.

Susana pregunta: "¿Qué hacés con el escaño?". El diputado mira al periodista y el periodista —en rueda aparte— aporta la información. Los proyectos de ley insomnes que espera la provincia; el día en que Alvarado se trompeó con un renovador primero y un menemista después. Las trenzas, las roscas, las zancadillas. Un día el Vasco contó: "¿Sabés que ayer se me puso a llorar?" "Fijate vos", dijo el Vasco que contó Alvarado, "fijate qué al pedo que estoy". Y después dijo o preguntó "¿Qué hago, que hacemos en el Congreso. Qué hago acá en Buenos Aires? Me da vergüenza ya".

—Qué te da vergüenza.

—Me da vergüenza ser político.

Ese día Susana, feroz con la boleta solidaria entre los dientes, decidió que el diputado Ezequiel Félix Alvarado no podía seguir tan solo. Un razonamiento estremecedor, que Mowgli había pronosticado cuatro o cinco meses atrás, oscuro como una lechuza y sabio. Alvarado acaba de volver de comprar cigarrillos para todos y los despliega en la mesa junto a las ediciones frescas de los diarios. El borracho continúa arañando charcos de cerveza. La rubia gruesa bostezó. Al calor de la noche, la ciudad entera se hunde en un pantano de alquitrán. Sus moradores hacen que duermen pero el oído atento alcanza a distinguir un concierto lento en el que se amalgama el friccionar de las pezuñas, el olisqueo ansioso de los hocicos, los temblores sudorosos, repentinos en ancas, grupas y vientres tensos. Fauna está a punto de cerrar, un orangután lava y seca vasos, platos y ceniceros con sus dos colas prensiles. Se va la señora rubia, gruesa y teñida con el antílope. Dos ratas huyen con su última limosna para dormir en Plaza Lavalle.

Mowgli lo había pronosticado cuatro o cinco meses atrás. Se van juntos al final, Susana y el diputado Alvarado. Alvarado apoyándose en Susana, con el paso precario del alcohol, y Susana sin esperar nada por el hecho de amanecer con Ezequiel Félix Alvarado, diputado de la Nación. Toman un taxi, callados, mientras desde las veredas algunos cadáveres de pie atestiguan cómo Buenos Aires se desmorona, pedazo por pedazo, edificio por edificio, jaula por jaula, calle por calle, de una manera curiosa, con algo de pereza y sin ruidos, sin alarmas, ni alaridos. No pasa nada en particular en Buenos Aires, con excepción del calor pegajoso.



VAMPIROS REFLE
EN UN ESPEJO CO
(Y MORALEJA FI

Por Severo Sarduy

Tres golpes secos, madera contra madera: la nieve es tanta que los árboles se quiebran, caen sobre los troncos que ya flanquean el camino. Las sombras de un azul exagerado, cobalto, malva, manchan esa nieve fresca, vibran con el vuelo de un pájaro entre las ramas o con el paso de un auto. Paisajes, como todos los que laboriosamente compone la naturaleza, que reproducen, escenificados al exceso y no desprovistos de facilidades cromáticas, los del impresionismo francés.

Los cuadros del *Jeu de Paume*, que repasaba a diario con minuciosa curiosidad, se convirtieron en maquetas para armar: los mismos ríos, nubes, catedrales y molinos, diversamente combinados, componían para él esa realidad reciente, o ese vasto museo apenas remozado, que era Europa.

La prodigalidad de su padre, o ese resabio persistente en la burguesía sudamericana que estipula que un hijo no alcance el estado de adulto y normal sino después de un breve paso por La Sorbona, lo habían arrojado, en una mañana de invierno, después de recorrer un *boulevard* gris, entre dos hileras de árboles secos resueltos con líneas negras, a un hotel para estudiantes más bien acomodados del Barrio Latino.

Llegar a un país es anularlo en el mundo de los tópicos, liquidar el arsenal de estereotipos que hemos acumulado sobre él. Lo contrario ocurrió con Francia, que su padre, ahora sabía por qué, nunca nombraba sin su atributo: la dulce Francia.

Dulzona incluso, llegó a pensar, como si ese nicaragüense adicto al exotismo y a los biombos que fue Darío, creyendo describirlo, hubiera inventado ese país de reflejos, sedas espejeantes, buenas maneras, marquesas y arzobispos. Todo era como un vaso de Gallé en el que se desmayaba una flor. Los jardines estaban tan dibujados, eran tan nítidos, que no se movía ni un pelo; no había lugar para el viento. En la universidad, la crítica de un texto consistía en un desmenuzamiento jesuita de una tal agudeza que se convertía en una disección encarnizada; no quedaba lugar para la vida.

Como todos los estudiantes de su generación, había llegado a París intrigado por la novedad del estructuralismo incipiente, deseoso de recorrer los decorados reales de *Rayuela*, y de conocer ese amor libre a que lo sustraía la mojigatería ancestral de su país y que asociaba con los cuentos de Maupassant, los bailongos de Bougival, los órganos desgañitados y los remeros borrachos, y hasta con un olor dulzón y mañanero de encerado en el piso y de *croissants bien chauds*.

Como los otros, después de agotar los vetustos corredores universitarios —oficinas desvencijadas, ocambos biliosos que se atragantaban con salchichas y col hervida en medio de pirámides de papeles, junto a los urinarios—, y sólo por ceder a la facilidad administrativa, se vio enfrascado en la investigación más inverosímil y halógena a sus intereses que podía imaginar. Si otros habían naufragado en arduas pesquisas filatélicas, o en los andamiajes capilares del retrato flavio, a él los demiurgos cáusticos de La Sorbona le habían atribuido el "análisis de los cuentos de vampiros", lo que aceptó resignado y aun realzó con el subtítulo "y otras leyendas transilvanas", arriesgando criterios geográficos que barajaba por primera vez.

El traje hace al monje: unas semanas más tarde, en las frugales sobremesas universitarias, o a la salida de los cursos, entre dos cervezas semiológicas, discutía sobre la pertinencia de aplicar las siete esferas de acción de Propp a su *corpus* narrativo, si se tenía en cuenta que era un intelectual sudamericano el que analizaba y en un cierto contexto, y se preguntaba si sería útil limitarse a un funcionamiento puramente estructural, soslayando la valorización marxista de ese intercambio —asimilable como tal a todas las leyes del intercambio— que era el vampirismo.

—¿Contra qué se cambia la sangre? —lanzaba a los comensales, como un desafío—. ¿Qué plusvalía representa? ¿Por qué surge esa perversión, o esa manía, en los Cárpatos, y no en otro lugar? —y citaba, con un mohín irónico, los dos o tres nombres de ciudades menores que ya conocía en Francia—. ¿Por qué la relación vampírica es casi siempre homosexual? ¿La sangre, no será una metáfora, una simple metáfora de algo? Observemos —y alzaba el índice— que son siempre nobles decadentes y anémicos los que succionan la yugular de robustos campesinos, que su condición obliga a la docilidad.

Pasaba los días junto al halo amarillo de las estudiosas lámparas, en una biblioteca atestada y estrecha cuyas ventanas de hierro y vidrio golpeaba la lluvia constante; la noche, insomne, barajando hipótesis y variantes sanguinolentas que explicaran de algún modo el hurto de sangre y dieran una interpretación coherente de esa enfermiza succión.

Si algún receso se otorgaba era para reincidir en sus pesquisas, aunque redimidas hasta lo risible por el despilfarro paródico de hemoglobina, en las películas de colores desvaídos y colmillos chorreando sangre verde, que amenizaban las abordables tandas de medianoche.

Compulsaba con fruición, casi con demencia, códigos ilegibles, crónicas legales, anales de parroquia y minutas de procesos, con tal de que elucidaran —aun si apelaban a tortuosas posesiones demoníacas o si, cediendo a la facilidad, clausuraban el relato con la eficacia milagrosa de un diente de ajo— algún desangramiento aldeano, la reincidencia de una anemia enigmática, o un cuello amoratado descubierto por la brusca ruptura de un encaje.

Llegó, hay que reconocerlo, a esa senilidad prematura y benigna que endulza al exceso los modales de los grandes especialistas en materias menores, de los iluminados y los solitarios; como ellos aspiró a la concepción de una teoría única, a la solución concisa, como una fórmula que apresara en tres letras todo el devenir del universo, de un enigma milenario, a la clave de la más particular de las relaciones humanas.

En su manía hermenéutica no vacilaba en recurrir a los argumentos más alambicados, arcaicos y falaces —explicaciones alquímicas y hasta zodiacales—; cedió también al espejismo de las máquinas electrónicas, cuyas teclas hundía con avidez, casi con saña.

Superpuso, en una pantalla para tratamiento informático de textos, los dibujos atribuidos en sus confesiones —obtenidas bajo tortura— a varios vampiros: obtuvo así, o al menos rozó de cerca, el secreto absoluto de la sangre transvasada.

—El líquido que se trasiega —afirmó esa tarde en la pausa de sobremesa— no es más que un simulacro, una diversión, incluso: algo que distrae a la víctima del verdadero robo, de la verdadera extorsión, de eso que se encuentra *ailleurs*, en otro lugar, y a veces en otro tiempo, y que el desangrado apenas sospecha.

Durmió mal. Se levantó temprano, seguro de que ese día algo importante iba a ocurrirle, aunque —soy intuitivo, se dijo; no adivino— no sabía qué sentido tenía el oscuro evento, ni si era positivo o negativo.

Fasto o nefasto —modificó su vocabulario, una vez instalado en la biblioteca y en función del lenguaje predictivo en que lo sumergían esas actas que, en pleno Siglo de las Luces, eran como heraldos nocturnos, portadores de convulsiones de posesos y de testimonios apócrifos, desde el fondo de la Edad Media.

La mañana transcurrió apacible. La misma lluvia. El receso para el café. Nada.

Nada. O sí. Algo, de tan banal, extraño. Al buscar en el fichero, que ya manejaba como un virtuoso, la tarjeta de un compendio rarísimo, casi secreto, y que quizá nadie había exhumado hasta su llegada —*Iconographie des êtres chimériques et autres oupirs, imprimée par le père dom Augustin Calmet, abbé de Sénone, et raisonnée par F.H.C. Wahal*—, constató que ya alguien había pedido la obra. En seguida pensó en un error, pero las tarjetas perforadas estaban en un riguroso orden alfabético. Olvidó esas quimeras succionadoras y húngaras, y también, por cierto, la peregrina intuición matinal.

El día transcurrió sin que descampara. Luego, celuloides amarillentos, en la cinemateca. Noche sin noche.

La ausencia de la misma tarjeta, al día siguiente, lo sobresaltó. Alguien indagaba, alguien hurgaba en su mismo registro, en su coto vedado. Preguntó al agrio y socarrón vigilante de la sala —le había negado, por unos instantes, un bolígrafo, arguyendo que era "para su uso personal"— de quién se trataba, sin darse cuenta de que ofrecía así al



VAMPIROS REFLEJADOS EN UN ESPEJO CONVEXO (Y MORALEJA FINAL)

Por Severo Sarduy

Tres golpes secos, madera contra madera: la nieve es tanta que los árboles se quiebran, caen sobre los troncos que ya flanquean el camino. Las sombras de un azul exagerado, cobalto, malva, manchan esa nieve fresca, vibran con el vuelo de un pájaro entre las ramas o con el paso de un auto. Paisajes, como todos los que laboriosamente compone la naturaleza, que reproducen, escenificados al exceso y no desprovistos de facilidades cromáticas, los del impresionismo francés.

Los cuadros del *Jeu de Paume*, que repasaba a diario con minuciosa curiosidad, se convirtieron en maquetas para armar: los mismos ríos, nubes, catedrales y molinos, diversamente combinados, componían para él esa realidad reciente, o ese vasto museo apenas remozado, que era Europa.

La prodigalidad de su padre, o ese resabio persistente en la burguesía sudamericana que estipula que un hijo no alcance el estado de adulto y normal sino después de un breve paso por La Sorbona, lo habían arrojado, en una mañana de invierno, después de recorrer un *boulevard* gris, entre dos hileras de árboles secos resueltos con líneas negras, a un hotel para estudiantes más bien acomodados del Barrio Latino.

Llegar a un país es anularlo en el mundo de los tópicos, liquidar el arsenal de estereotipos que hemos acumulado sobre él. Lo contrario ocurrió con Francia, que su padre, ahora sabía por qué, nunca nombraba sin su atributo: la dulce Francia.

Dulzona incluso, llegó a pensar, como si ese nicaragüense adicto al exotismo y a los biombos que fue Darío, creyendo describirlo, hubiera inventado ese país de reflejos, sedas espejeantes, buenas maneras, marquesas y arzobispos. Todo era como un vaso de Gallé en el que se desmayaba una flor. Los jardines estaban tan dibujados, eran tan nítidos, que no se movía ni un pelo; no había lugar para el viento. En la universidad, la crítica de un texto consistía en un desmenuzamiento jesuita de una tal agudeza que se convertía en una disección encarnizada; no quedaba lugar para la vida.

Como todos los estudiantes de su generación, había llegado a París intrigado por la novedad del estructuralismo incipiente, deseoso de recorrer los decorados reales de *Rayuela*, y de conocer ese amor libre a que lo sustraía la mojigatería ancestral de su país y que asociaba con los cuentos de Maupassant, los bailongos de Bougival, los órganos desgañitados y los remeros borrachos, y hasta con un olor dulzón y mañanero de encerado en el piso y de *croissants bien chauds*.

Como los otros, después de agotar los vetustos corredores universitarios —oficinas desvencijadas, ocambos biliosos que se atragantaban con salchichas y col hervida en medio de pirámides de papeles, junto a los urinarios—, y sólo por ceder a la facilidad administrativa, se vio enfrascado en la investigación más inverosímil y halógena a sus intereses que podía imaginar. Si otros habían naufragado en arduas pesquisas filatélicas, o en los andamiajes capilares del retrato flavio, a él los demiurgos cáusticos de La Sorbona le habían atribuido el "análisis de los cuentos de vampiros", lo que aceptó resignado y aun realzó con el subtítulo "y otras leyendas transilvanas", arriesgando criterios geográficos que barajaba por primera vez.

El traje hace al monje: unas semanas más tarde, en las frugales sobremesas universitarias, o a la salida de los cursos, entre dos cervezas semiológicas, discutía sobre la pertinencia de aplicar las siete esferas de acción de Propp a su *corpus* narrativo, si se tenía en cuenta que era un intelectual sudamericano el que analizaba y en un cierto contexto, y se preguntaba si sería útil limitarse a un funcionamiento puramente estructural, soslayando la valorización marxista de ese intercambio —asimilable como tal a todas las leyes del intercambio— que era el vampirismo.

—¿Contra qué se cambia la sangre? —lanzaba a los comensales, como un desafío—. ¿Qué plusvalía representa? ¿Por qué surge esa perversión, o esa manía, en los Cárpatos, y no en otro lugar? —y citaba, con un mohín irónico, los dos o tres nombres de ciudades menores que ya conocía en Francia—. ¿Por qué la relación vampírica es casi siempre homosexual? ¿La sangre, no será una metáfora, una simple metáfora de algo? Observemos —y alzaba el índice— que son siempre nobles decadentes y anémicos los que succionan la yugular de robustos campesinos, que su condición obliga a la docilidad.

Pasaba los días junto al halo amarillo de las estudiosas lámparas, en una biblioteca atestada y estrecha cuyas ventanas de hierro y vidrio golpeaba la lluvia constante; la noche, insomne, barajando hipótesis y variantes sanguinolentas que explicaran de algún modo el hurto de sangre y dieran una interpretación coherente de esa enfermiza succión.

Si algún receso se otorgaba era para reincidir en sus pesquisas, aunque redimidas hasta lo risible por el despilfarro paródico de hemoglobina, en las películas de colores desvaídos y colmillos chorreando sangre verde, que amenizaban las abordables tandas de medianoche.

Compulsaba con fruición, casi con demencia, códigos ilegibles, crónicas legales, anales de parroquia y minutas de procesos, con tal de que elucidaran —aun si apelaban a tortuosas posesiones demoníacas o si, cediendo a la facilidad, clausuraban el relato con la eficacia milagrosa de un diente de ajo— algún desangramiento aldeano, la reincidencia de una anemia enigmática, o un cuello amoratado descubierto por la brusca ruptura de un encaje.

Llegó, hay que reconocerlo, a esa senilidad prematura y benigna que endulza al exceso los modales de los grandes especialistas en materias menores, de los iluminados y los solitarios; como ellos aspiró a la concepción de una teoría única, a la solución concisa, como una fórmula que apresara en tres letras todo el devenir del universo, de un enigma milenario, a la clave de la mas particular de las relaciones humanas.

En su manía hermenéutica no vacilaba en recurrir a los argumentos más alambicados, arcaicos y falaces —explicaciones alquímicas y hasta zodiacales—; cedió también al espejismo de las máquinas electrónicas, cuyas teclas hundía con avidez, casi con saña.

Superpuso, en una pantalla para tratamiento informático de textos, los dibujos atribuidos en sus confesiones —obtenidas bajo tortura— a varios vampiros: obtuvo así, o al menos rozó de cerca, el secreto absoluto de la sangre transvasada.

—El líquido que se trasiega —afirmó esa tarde en la pausa de sobremesa— no es más que un simulacro, una diversión, incluso: algo que distrae a la víctima del verdadero robo, de la verdadera extorsión, de eso que se encuentra *ailleurs*, en otro lugar, y a veces en otro tiempo, y que el desangrado apenas sospecha.

Durmió mal. Se levantó temprano, seguro de que ese día algo importante iba a ocurrirle, aunque —soy intuitivo, se dijo; no adivino— no sabía qué sentido tenía el oscuro evento, ni si era positivo o negativo.

Fasto o nefasto —modificó su vocabulario, una vez instalado en la biblioteca y en función del lenguaje predictivo en que lo sumergían esas actas que, en pleno Siglo de las Luces, eran como heraldos nocturnos, portadores de convulsiones de posesos y de testimonios apócrifos, desde el fondo de la Edad Media.

La mañana transcurrió apacible. La misma lluvia. El receso para el café. Nada.

Nada. O sí. Algo, de tan banal, extraño. Al buscar en el fichero, que ya manejaba como un virtuoso, la tarjeta de un compendio rarísimo, casi secreto, y que quizá nadie había exhumado hasta su llegada —*Iconographie des êtres chimériques et autres oupirs, imprimée par le père dom Augustin Calmet, abbé de Sénone, et raisonnée par F.H.C. Wahal*—, constató que ya alguien había pedido la obra. En seguida pensó en un error, pero las tarjetas perforadas estaban en un riguroso orden alfabético. Olvidó esas quimeras succionadoras y húngaras, y también, por cierto, la peregrina intuición matinal.

El día transcurrió sin que descampara. Luego, celuloides amarillentos, en la cinemateca. Noche sin noche.

La ausencia de la misma tarjeta, al día siguiente, lo sobresaltó. Alguien indagaba, alguien hurgaba en su mismo registro, en su coto vedado. Preguntó al agrio y socarrón vigilante de la sala —le había negado, por unos instantes, un bolígrafo, arguyendo que era "para su uso personal"— de quién se trataba, sin darse cuenta de que ofrecía así al viejo avinado la oportunidad, que ansiaba ostensiblemente, de negar algo y mostrarse altivo y grosero sin cortapisas.



—Ce n'est pas mon boulot! —le respondió sin mirarlo, frunciendo las cejas como si no entendiera nada de su torpe francés. Y siguió, con unas tijeras desmesuradas para ese empleo, recortando unos artículos de prensa.

Tuvo, pues, que apostarse delante del fichero, parado y disimulando con los más disímiles pretextos, para tratar de identificar —a partir de qué criterio, de qué rasgo revelador y secreto— al otro adepto al mundo de los desenterrados sedientos.

Interrogó a varios de los lectores matutinos: sólo obtuvo respuestas displicentes, o en ese tono a la vez superior y benévolo de quien se dirige a un lunático ligero, a un perturbador o a un orate. Ya convencido de su excelencia en el difícil arte de coleccionar frustraciones, había decidido abandonar la encuesta cuando lo vio. No tuvo que recurrir a una gran perspicacia: el otro también lo buscaba. Se reconocieron como dos animales de la misma jauría que husmean una misma pista sanguinolenta.

Una tosca semiología vestimentaria revelaba el personaje: pantalón de mezclilla muy usado y zapatos tenis, como para dar un toque informal y joven al *blazer* azul y seguramente firmado por un gran modisto que, con botones dorados, cubría una camisa azul claro, con el cuello blanco que remataba, en un vivo, el mismo azul del *blazer*. Corbata inglesa, de rayas.

Ese mismo día fueron amigos; al siguiente, amigos íntimos; poco después, cómplices. Ese fin de semana —no se habían vuelto a separar después del encuentro— decidieron instalar juntos, en el exiguo estudio del sudamericano, el primer gabinete mundial de vampirología. Ya no tenían que pasar enteros los días húmedos del otoño en la biblioteca oscura y cucarachienta: el nuevo goloso de yugulares disponía de todo un arsenal de fotocopias, microfilmes y otros *gadgets* miniaturizados que, una vez articulados a las actuales máquinas de tratamiento de textos, permitían saberlo todo y en seguida: hasta cuántas veces aparecía una palabra dada en un requisitorio, o cuántas veces la empleaba un endemoniado en su defensa.

La panoplia electrónica permitiría, por otra parte, aligerar la documentación exhaustiva, casi maniática, acumulada a fuerza de testarudez por el sudamericano, trabajo de hormiga que ya contaba —o así lo supuso el recién llegado— entre los más importantes del mundo en esa perversa especialidad.

Había visitado las parroquias y agotado las actas firmadas con sangre seca en los tribunales de la Inquisición local: ni siquiera en Hungría —en que esos estudios, hay que reconocerlo, se asimilaban más bien a pasatiempos de ociosos o de jubilados corrompidos por el cine capitalista y su perversión— se disponía hoy de un desorden tan bien ordenado, de un papeleo tal.

Su pereza para todo lo administrativo, su dejadez, o las amaneradas compaginaciones a que acude la vida, le habían proporcionado, en la lluviosa soledad del exilio, una compañía, un amigo francés, el afecto diario del café mañanero, casi una familia. Pero también —cada día aumentaba la posesividad, primero solapada, luego exigente y mordaz, de su *partenaire*— esa penosa sensación, similar con frecuencia a la de familiaridad, de ser observado constantemente, objeto de petición afectiva o de capricho, de un deseo ambiguo. Sí, había encontrado la palabra: vampirizado.

Su vida, antes repetitiva y estudiosa hasta el tedio, se había convertido en la presa constante de una inquisición: el otro lo observaba sin cesar, requería su presencia, indagaba hasta sus sueños y el menor de sus recuerdos, lo alejaba del medio de sus amigos, como si quisiera incautar su memoria o su idioma. Recurría a todos los ardides para quedarse a dormir.

Decidió entonces, el arisco sudamericano, abandonarlo todo y regresar en secreto al país natal. Pero antes quiso, como decían los franceses, tener el *corazón neto*, saber de una vez por todas qué se quería de él, de qué solicitud o de qué deseo era objeto. Decidió ceder a todo, entregarse sin la menor reticencia con tal de saber.

•

—De saber —repitió las dos palabras y se miró en el espejo.

Se reflejaba perfectamente. No había dudas: el vampiro no era él.

Aceptó las invitaciones, los reiterados obsequios del día. No faltó la farsa consabida: un *bifteck* tártaro, sangrante y crudo, en la Closerie des Lilas; exceso de vino.

Luego, una ronda de ajenjo, que ya nadie bebía y había que buscar por toda la ciudad, cantina por cantina, un gusto amargo de yerbabuena, pero que —añadió el francés— "brillaba en la noche como una esmeralda y evocaba, en el claroscuro de un cafetucho y en el de la paleta de Fantin-Latour, la imagen de Rimbaud y de Verlaine".

Después de esta referencia, que la compulsión de alcohol y sus repeticiones hilarantes o lacrimosas hizo vulgar de franqueza, lo que iba a seguir —se dijo— era previsible. Al menos en sus grandes líneas —era intuitivo; no adivino.

Cedió a todo, como se lo había prometido. Sin placer. Casi con asco.

Constató en seguida cómo se habían atenuado sus rasgos sudamericanos. Cuando se dio cuenta de todo debió de abofetearlo. Pensó en su padre. En las manos tendinosas de su padre. Lo atribuyó todo a una borrachera. Juró no reincidir.

Estaba solo. El otro, seguramente, lo había abandonado en medio de la noche etílica que ahora rebasaba apenas, como quien sale de una marea aceitosa y densa.

—Era, pues, eso —se dijo, de nuevo ante el espejo, revisándose el cuello para ver si había alguna marca, comprobando que estaba intacto—. Era eso lo que tanto aguzaba su sed, esa metáfora evidente y blanca de la sangre.

Hundió la cabeza en el lavabo, lleno de agua fresca.

El *vampiro* no volvió ese día. Ni al siguiente. Ni al otro. Nadie respondía en su casa, nadie lo había vuelto a ver en los sitios habituales que ahora la víctima recorría según caía la noche, como un sonámbulo, buscándolo en los espejos; no sabía si para humillarlo con sus reproches o para saldarlo todo con un distraído: "Son cosas de borrachos; ya pasó".

Transcurrió un tiempo que en el burdo cómputo de los almanaques y los relojes podía medirse en unas semanas, pero que para él resultó una planicie pedregosa, sin puntos de referencia —aunque había llegado el invierno, la lluvia era la misma de las otras estaciones—, sin límites.

Decidió volver a la hosca biblioteca, al Jeu de Paume; recomenzarlo todo.

Cuando entró, temprano en la mañana, reanudando con su costumbre de ser el primer lector y sorprender los libros en los estantes aún rodeados por la gravitación nocturna, se dio cuenta de inmediato de que el agrio conserje, las pupilas ya enturbiadas por el café con Calvados, lo estaba esperando.

—Finalmente, ¡un muerto que vuelve! —y se le acercó titubeando.

Blandía en la mano, como un puñal, un volumen grueso, brillante, aún no contaminado por el polvo de la acumulación y el olvido.

—De seguro va a interesarle —añadió.

Y contuvo apenas una tos nerviosa.

Sólo recuerda, antes del apagón final, dos imágenes: el nombre del otro en la tapa, sobre el título *Una lectura estructural del vampirismo*, y la ordenada disposición, sin más arreglo que el tipográfico, de *todas* sus fichas, notas, textos aclaratorios y documentos inéditos, de todo lo que pacientemente había acumulado por años.

"El líquido que se trasiega", se escuchó a sí mismo, como en una cámara de eco, "no es más que un simulacro, una diversión, incluso: algo que distrae a la víctima del verdadero robo, de la verdadera extorsión, de eso que se encuentra *ailleurs*, en otro lugar y a veces en otro tiempo, y que el desangrado apenas sospecha".

Caía un telón blanco sobre la escena excesivamente arreglada, sobre esa maqueta para armar en la cual, lo debió de haber comprendido desde el principio, no había lugar para un castillo draculesco, con almenas vigilantes y vírgenes desangradas yaciendo en los sótanos que se prolongan bajo la aldea trazando un laberinto entre los pozos góticos.

Mira bien el mantel del *Déjeuner sur l'herbe* —se dijo—: no hay dientes de ajo.

S.O.L
SOSTENIDO
EN LA COSTA

• El compositor y cantantke **Fito Páez** ofrece un recital en La Paris Rock ubicada en La Rambla Casino frente a la Playa Bristol de Mar del Plata. Durante el recital Páez presentará su última placa discográfica *Ey!*, hoy y mañana a las 22.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la obra teatral **El resucitado,** en el Teatro Refasí ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• En el Teatro Del Notariado sito en Independencia y Colón, Mar del Plata, se ofrecen los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; **El humor en celo** con la actuación de Edda Díaz, los miércoles; Lidia Catalano en **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca, los jueves; Leonor Manso en **Yo Alfonsina (Una mujer libre)** sobre textos de Alfonsina Storni; los viernes y sábados y Perla Santalla ofrece su espectáculo **Canto a mi misma,** los domingos. Las funciones comienzan a las 23.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humorístico titulado **Perciavalle indestructible,** en el Teatro Lido ubicado en Santa Fe 1751 de la ciudad de Mar del Plata.

• **Mama,** obra teatral de A. Bergman con dirección de Carlos Olivieri protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de Mar del Plata, Santa Fe 1571, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Los mirasoles,** obra teatral de Sánchez Gardel, en el Teatro Re-fa-si ubicado en Luro 2332, Mar del Plata, hoy a las 21.

• En el Teatro Alberdi de Mar del Plata, Alberdi 2473, el grupo **Midachi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45

• La obra de Roberto Cossa, **Yepeto** interpretada por los actores Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi se presenta en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30. Dirección general a cargo de Omar Grasso.

• **Morochos de Ñuyor,** de Raúl Ramos y Héctor Giovine protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• De martes a domingo a las 18, en el Teatro Payró de Mar del Plata se representa la obra infantil **Pibemundi,** de Leonardo Ringer y a las 21, la Comedia del Pilar presenta la obra **El guapo del 900,** de Sergio Eichelbaum.

• En la Casa de la Cultura de Villa Gesell los mimos Pia Castro y Carlos Martínez ofrecen su espectáculo **Mimojuegos.** En Avenida 3 y 109.

• En Oliverio Mate Bar ubicado en Avenida 3 y 105, Villa Gesell se ofrecen los siguientes espectáculos: los jueves a las 22.30 **Los Kelonios (Clown);** y a las 23.30 **Gambas al ajillo** de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aida Albert, Omar Viola y música original de Fernando Tavolaro. Los viernes Los Vergara ofrecen dos funciones, a las 23 y 1 de la mañana.

• **Los Solistas de la Camerata Bariloche** ofrecerán su concierto de verano hoy en la iglesia San Andrés de Miramar ubicada en Calle 29 entre 22 y 24, con entrada libre, a las 22.30.

Viernes 27 de enero de 1989

JADOS
NVEXO
NAL)



viejo avinado la oportunidad, que ansiaba ostensiblemente, de negar algo y mostrarse altivo y grosero sin cortapisas.

—Ce n'est pas mon boulot! —le respondió sin mirarlo, frunciendo las cejas como si no entendiera nada de su torpe francés. Y siguió, con unas tijeras desmesuradas para ese empleo, recortando unos artículos de prensa.

Tuvo, pues, que apostarse delante del fichero, parado y disimulando con los más disímiles pretextos, para tratar de identificar —a partir de qué criterio, de qué rasgo revelador y secreto— al otro adepto al mundo de los desenterrados sedientos.

Interrogó a varios de los lectores matutinos: sólo obtuvo respuestas displicentes, o en ese tono a la vez superior y benévolo de quien se dirige a un lunático ligero, a un perturbador o a un orate. Ya convencido de su excelencia en el difícil arte de coleccionar frustraciones, había decidido abandonar la encuesta cuando lo vio. No tuvo que recurrir a una gran perspicacia: el otro también lo buscaba. Se reconocieron como dos animales de la misma jauría que husmean una misma pista sanguinolenta.

Una tosca semiología vestimentaria revelaba el personaje: pantalón de mezclilla muy usado y zapatos tenis, como para dar un toque informal y joven al *blazer* azul y seguramente firmado por un gran modisto que, con botones dorados, cubría una camisa azul claro, con el cuello blanco que remataba, en un vivo, el mismo azul del *blazer*. Corbata inglesa, de rayas.

Ese mismo día fueron amigos; al siguiente, amigos íntimos; poco después, cómplices. Ese fin de semana —no se habían vuelto a separar después del encuentro— decidieron instalar juntos, en el exiguo estudio del sudamericano, el primer gabinete mundial de vampirología. Ya no tenían que pasar enteros los días húmedos del otoño en la biblioteca oscura y cucarachienta: el nuevo goloso de yugulares disponía de todo un arsenal de fotocopias, microfilmes y otros *gadgets* miniaturizados que, una vez articulados a las actuales máquinas de tratamiento de textos, permitían saberlo todo y en seguida: hasta cuántas veces aparecía una palabra dada en un requisitorio, o cuántas veces la empleaba un endemoniado en su defensa.

La panoplia electrónica permitiría, por otra parte, aligerar la documentación exhaustiva, casi maniática, acumulada a fuerza de testarudez por el sudamericano, trabajo de hormiga que ya contaba —o así lo supuso el recién llegado— entre los más importantes del mundo en esa perversa especialidad.

Había visitado las parroquias y agotado las actas firmadas con sangre seca en los tribunales de la Inquisición local: ni siquiera en Hungría —en que esos estudios, hay que reconocerlo, se asimilaban más bien a pasatiempos de ociosos o de jubilados corrompidos por el cine capitalista y su perversión— se disponía hoy de un desorden tan bien ordenado, de un papeleo tal.

Su pereza para todo lo administrativo, su dejadez, o las amaneradas compaginaciones a que acude la vida, le habían proporcionado, en la lluviosa soledad del exilio, una compañía, un amigo francés, el afecto diario del café mañanero, casi una familia. Pero también —cada día aumentaba la posesividad, primero solapada, luego exigente y mordaz, de su *partenaire*— esa penosa sensación, similar con frecuencia a la de familiaridad, de ser observado constantemente, objeto de petición afectiva o de capricho, de un deseo ambiguo. Sí, había encontrado la palabra: vampirizado.

Su vida, antes repetitiva y estudiosa hasta el tedio, se había convertido en la presa constante de una inquisición: el otro lo observaba sin cesar, requería su presencia, indagaba hasta sus sueños y el menor de sus recuerdos, lo alejaba del medio de sus amigos, como si quisiera incautar su memoria o su idioma. Recurría a todos los ardides para quedarse a dormir.

Decidió entonces, el arisco sudamericano, abandonarlo todo y regresar en secreto al país natal. Pero antes quiso, como decían los franceses, tener el *corazón neto*, saber de una vez por todas qué se quería de él, de qué solicitud o de qué deseo era objeto. Decidió ceder a todo, entregarse sin la menor reticencia con tal de saber.

•

—De saber —repitió las dos palabras y se miró en el espejo.

Se reflejaba perfectamente. No había dudas: el vampiro no era él.

Aceptó las invitaciones, los reiterados obsequios del día. No faltó la farsa consabida: un *bifteck* tártaro, sangrante y crudo, en la Closerie des Lilas; exceso de vino.

Luego, una ronda de ajenjo, que ya nadie bebía y había que buscar por toda la ciudad, cantina por cantina, un gusto amargo de yerbabuena, pero que —añadió el francés— "brillaba en la noche como una esmeralda y evocaba, en el claroscuro de un cafetucho y en el de la paleta de Fantin-Latour, la imagen de Rimbaud y de Verlaine".

Después de esta referencia, que la compulsión de alcohol y sus repeticiones hilarantes o lacrimosas hizo vulgar de franqueza, lo que iba a seguir —se dijo— era previsible. Al menos en sus grandes líneas —era intuitivo; no adivino.

Cedió a todo, como se lo había prometido. Sin placer. Casi con asco.

Constató en seguida cómo se habían atenuado sus rasgos sudamericanos. Cuando se dio cuenta de todo debió de abofetearlo. Pensó en su padre. En las manos tendinosas de su padre. Lo atribuyó todo a una borrachera. Juró no reincidir.

Estaba solo. El otro, seguramente, lo había abandonado en medio de la noche etílica que ahora rebasaba apenas, como quien sale de una marea aceitosa y densa.

—Era, pues, eso —se dijo, de nuevo ante el espejo, revisándose el cuello para ver si había alguna marca, comprobando que estaba intacto—. Era eso lo que tanto aguzaba su sed, esa metáfora evidente y blanca de la sangre.

Hundió la cabeza en el lavabo, lleno de agua fresca.

El *vampiro* no volvió ese día. Ni al siguiente. Ni al otro. Nadie respondía en su casa, nadie lo había vuelto a ver en los sitios habituales que ahora la víctima recorría según caía la noche, como un sonámbulo, buscándolo en los espejos; no sabía si para humillarlo con sus reproches o para saldarlo todo con un distraído: "Son cosas de borrachos; ya pasó".

Transcurrió un tiempo que en el burdo cómputo de los almanaques y los relojes podía medirse en unas semanas, pero que para él resultó una planicie pedregosa, sin puntos de referencia —aunque había llegado el invierno, la lluvia era la misma de las otras estaciones—, sin límites.

Decidió volver a la hosca biblioteca, al Jeu de Paume; recomenzarlo todo.

Cuando entró, temprano en la mañana, reanudando con su costumbre de ser el primer lector y sorprender los libros en los estantes aún rodeados por la gravitación nocturna, se dio cuenta de inmediato de que el agrio conserje, las pupilas ya enturbiadas por el café con Calvados, lo estaba esperando.

—Finalmente, ¡un muerto que vuelve! —y se le acercó titubeando.

Blandía en la mano, como un puñal, un volumen grueso, brillante, aún no contaminado por el polvo de la acumulación y el olvido.

—De seguro va a interesarle —añadió.

Y contuvo apenas una tos nerviosa.

Sólo recuerda, antes del apagón final, dos imágenes: el nombre del otro en la tapa, sobre el título *Una lectura estructural del vampirismo*, y la ordenada disposición, sin más arreglo que el tipográfico, de *todas* sus fichas, notas, textos aclaratorios y documentos inéditos, de todo lo que pacientemente había acumulado por años.

"El líquido que se trasiega", se escuchó a sí mismo, como en una cámara de eco, "no es más que un simulacro, una diversión, incluso: algo que distrae a la víctima del verdadero robo, de la verdadera extorsión, de eso que se encuentra *ailleurs*, en otro lugar y a veces en otro tiempo, y que el desangrado apenas sospecha".

Caía un telón blanco sobre la escena excesivamente arreglada, sobre esa maqueta para armar en la cual, lo debió de haber comprendido desde el principio, no había lugar para un castillo draculesco, con almenas vigilantes y vírgenes desangradas yaciendo en los sótanos que se prolongan bajo la aldea trazando un laberinto entre los pozos góticos.

Mira bien el mantel del *Déjeuner sur l'herbe* —se dijo—: no hay dientes de ajo.

S.O.L
SOSTENIDO
EN LA COSTA

• El compositor y cantantke **Fito Páez** ofrece un recital en La Paris Rock ubicada en La Rambla Casino frente a la Playa Bristol de Mar del Plata. Durante el recital Páez presentará su última placa discográfica *Ey!*, hoy y mañana a las 22.

• El actor Lorenzo Quinteros protagoniza la obra teatral **El resucitado,** en el Teatro Refasí ubicado en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• En el Teatro Del Notariado sito en Independencia y Colón, Mar del Plata, se ofrecen los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; **El humor en celo** con la actuación de Edda Díaz, los miércoles; Lidia Catalano en **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca, los jueves; Leonor Manso en **Yo Alfonsina (Una mujer libre)** sobre textos de Alfonsina Storni; los viernes y sábados y Perla Santalla ofrece su espectáculo **Canto a mi misma,** los domingos. Las funciones comienzan a las 23.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humorístico titulado **Perciavalle indestructible,** en el Teatro Lido ubicado en Santa Fe 1751 de la ciudad de Mar del Plata.

• **Mama,** obra teatral de A. Bergman con dirección de Carlos Olivieri protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de Mar del Plata, Santa Fe 1571, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Los mirasoles,** obra teatral de Sánchez Gardel, en el Teatro Re-fa-si ubicado en Luro 2332, Mar del Plata, hoy a las 21.

• En el Teatro Alberdi de Mar del Plata, Alberdi 2473, el grupo **Midachi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45

• La obra de Roberto Cossa, **Yepeto** interpretada por los actores Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi se presenta en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30. Dirección general a cargo de Omar Grasso.

• **Morochos de Ñuyor,** de Raúl Ramos y Héctor Giovine protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• De martes a domingo a las 18, en el Teatro Payró de Mar del Plata se representa la obra infantil **Pibemundi,** de Leonardo Ringer y a las 21, la Comedia del Pilar presenta la obra **El guapo del 900,** de Sergio Eichelbaum.

• En la Casa de la Cultura de Villa Gesell los mimos Pía Castro y Carlos Martínez ofrecen su espectáculo **Mimojuegos.** En Avenida 3 y 109.

• En Oliverio Mate Bar ubicado en Avenida 3 y 105, Villa Gesell se ofrecen los siguientes espectáculos: los jueves a las 22.30 **Los Kelonios (Clown);** y a las 23.30 **Gambas al ajillo** de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aída Albert, Omar Viola y música original de Fernando Tavolaro. Los viernes Los Vergara ofrecen dos funciones, a las 23 y 1 de la mañana.

• **Los Solistas de la Camerata Bariloche** ofrecerán su concierto de verano hoy en la iglesia San Andrés de Miramar ubicada en Calle 29 entre 22 y 24, con entrada libre, a las 22.30.

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

16. Angus vislumbra una verdad horrible

Bear Betty recibió las rosas con indiferencia y las dejó a su lado en el sofá. Llevaba un vestido sencillo y ya se había quitado el maquillaje. Al entrar Angus, no se había puesto de pie, ni lo invitó a sentarse. Dijo:

—Tengo más de una hora disponible antes de mi próximo número. ¿Salimos a dar una vuelta? —al notar la vacilación del detective, sonrió— Podemos salir por los fondos del local, sin que ella te vea.

Angus dio un respingo. Intentó decir algo, pero la muchacha se llevó un dedo a los labios indicando silencio; entonces, él asintió gravemente. Recién al salir reparó en la jaula con los osos, en un rincón del camarín. Ya en la calle, Betty lo guió hasta su camioneta y se ubicó tras el volante; y una vez a su lado, Angus quiso hablar, pero nuevamente ella le exigió silencio con un gesto, y puso el motor en marcha; recién comenzó a hablar después de haber recorrido unos cientos de metros.

—Dejémonos de rodeos, Angus —éste, al oír su nombre, tuvo un nuevo sobresalto—. Sabemos todo acerca de ustedes. Te había reconocido esta tarde en el cafetín; volví a reconocerte en tu mesa esta noche, a pesar del disfraz, por tus orejas en punta. También reparé en Lucy, tu mujer. Sé que quieres encontrar a la niña raptada, y sé que quisieras destruir a la banda. También sé que todo lo que pretendes es imposible. ¿Quieres que te diga algo más? —agregó con una sonrisa.

Angus estaba anonadado. Abrió la boca varias veces, y la volvió a cerrar sin articular palabra. Betty arrimó la camioneta al cordón de una vereda, entre dos faroles espaciados para no hacerse demasiado visibles.

—Ahora, el momento romántico —dijo—. Rodéame con tu brazo y atráeme hacia ti. Supongo que habrás reparado en los coches que nos seguían —Angus se sobresaltó por tercera vez; ni se le había ocurrido tal posibilidad. De todos modos, cumplió con nervioso placer las instrucciones de la chica, y ella recostó la cabeza en su hombro, aunque siguió hablando en el mismo tono práctico y conciso—. Uno de los coches era el de ese periodista Morris. He dejado el motor en marcha para interferir los micrófonos de largo alcance. Angus —añadió, en tono más tajante—, por tu bien, abandona la lucha. Me doy cuenta de que te gusto, y confieso que no te denuncié porque también me gustas. Espero que no me traiciones. Yo no pertenezco a la Banda, pero trabajo, profesionalmente, para sus clubes nocturnos; así, estoy enterada de muchas cosas que preferiría ignorar. La niña no fue raptada por la Banda del Ciempiés, ni porque hubiera manifestado su adhesión a Carmody Trailler; el rapto fue planificado mucho antes y se dio por azar en ese momento. La Banda del Ciempiés es apenas un pequeño apéndice de una Organización mucho más grande, todopoderosa... Supongo que sabrás quién era el enmascarado violado por el oso... El senador Ansthruthers. Y ni siquiera él conocía a alguien que conociera a alguien de la cúpula de la Organización. Se sabe todo acerca de ustedes, y podrían destruirlos en un instante si fueran peligrosos; por ahora, se ríen de Carmody Trailler y de su equipo.

Angus sintió que todo su ser se sublevaba contra estas palabras, y recobró sus fuerzas; pensó que todo lo que decía Betty era una gran mentira, para asustarlo y descorazonarlo; que la Banda le había mandado representar ese papel porque temía a Carmody y a su notable equipo.

—¿Dónde está la niña? —preguntó, con voz ronca.

—A salvo, Angus —respondió Betty—. Me doy cuenta de que no me crees; te daré una prueba de mi veracidad, poniendo definitivamente mi vida en tus manos con una confesión: yo solté al oso que atacó al senador, para poder rescatar a Molly, pues la amo. Ahora ve, y publica eso; cuando se encuentre mi cadáver despedazado, comprenderás que no he mentido —y Betty se echó a llorar, manifestando por primera vez su exquisita fragilidad de mujer. Angus atrajo su cabeza con el brazo que la rodeaba y ella se abandonó a su apasionado beso, mientras la mente del detective luchaba por no desmenuzarse bajo el impacto de aquellas horribles revelaciones.

(Próximo episodio: "Crece la tensión internacional").



JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Guerra de espías

Nuestro servicio secreto ha llegado a establecer que cinco agentes —en la mejor tradición del género— traicionan a sus respectivos empleadores. ¿Puede usted reconstruir, a partir de los datos clave que ofrecemos más abajo, el nombre completo de cada agente, a qué organización traiciona y a cuál otra entrega información?

1. O'Micida, cuyo nombre no es Caín, no es el que traiciona al servicio secreto inglés MI 5.
2. El que traiciona a la KGB pasando información al MI 5 no es Alan Laz.
3. Lugger está pasando información a la KGB, pero no pertenece al UZI israelí.
4. Brice está traicionando a la CIA, pero no pasa sus informes al UZI.
5. Mortipher, cuyo nombre no es Lugger, está traicionando a la Sureté; Danger, por su parte, es quien pasa información a la Sureté.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		APELLIDO					TRAICIONA A					INFORMA A				
		Carballo	Danger	Laz	Mortipher	O'Micida	CIA	KGB	MI 5	Sureté	UZI	CIA	KGB	MI 5	Sureté	UZI
NOMBRE	Alan															
	Brice															
	Caín															
	Lugger															
	Thor															
INFORMA A	CIA															
	KGB															
	MI 5															
	Sureté															
	UZI															
TRAICIONA A	CIA															
	KGB															
	MI 5															
	Sureté															
	UZI															

NOMBRE	APELLIDO	TRAICIONA A	INFORMA A

SOPA DE DIVERSION

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

BALONCESTO
BINGO
CARTAS
CINE
CIRCO
CORRER
ESQUIAR
FERIA
FUMAR
FUTBOL
LECTURA
MUSICA
NATACION
NAVEGACION
OPERA
PATINAR
SIESTA
TEATRO
TENIS
VIAJAR

V	I	A	J	A	R	O	R	A	C	I	S	U	M
S	Z	A	P	Q	A	G	B	D	F	C	G	S	E
H	A	R	E	P	O	N	K	J	F	U	M	A	R
L	L	C	I	N	T	I	T	E	E	R	S	T	A
Z	N	J	I	H	S	B	N	S	R	Y	A	R	N
J	A	V	I	R	E	I	A	Q	I	T	T	C	I
N	V	M	E	A	C	U	T	U	A	S	R	C	T
V	E	V	S	P	N	O	A	I	R	I	A	O	A
O	G	F	P	A	O	N	C	A	T	N	C	R	P
R	A	A	U	S	L	T	I	R	I	E	U	R	M
T	C	N	H	T	A	U	O	M	J	T	D	E	D
A	I	M	M	P	B	M	N	J	C	T	I	R	D
E	O	S	I	L	O	O	N	E	Z	A	V	S	T
T	N	F	T	U	D	P	L	A	T	S	E	I	S

SOLUCIONES

ENIGMA LOGICO

Anderson, diamantes, I. Fantasma, Fénix.
Goldman, esmeraldas, I. Muerta, Palos.
Shiuler, perlas, I. Ignorada, Huesos.
Spoc, anillos, I. Virgen, Cruz.
Stevens, monedas, I. Misterio, Brisas.

SOPA MOSQUETERA

B	F	L	O	R	I	N	S	A	D	A	P	S	E
O	R	D	N	L	T	C	O	G	A	O	L	D	S
T	A	I	S	F	C	L	H	O	T	R	U	N	P
A	A	M	D	D	L	R	S	G	O	E	M	O	U
S	L	U	M	A	N	O	D	E	L	R	A	T	E
T	L	S	B	N	S	L	T	C	L	B	S	E	L
O	E	A	U	G	D	N	O	A	I	M	P	U	A
R	C	M	C	D	E	L	O	S	H	O	A	Q	S
A	N	A	O	U	L	T	L	R	C	S	R	S	A
C	O	O	P	I	U	S	R	A	U	E	U	O	P
I	D	G	T	A	D	F	E	T	C	T	T	M	T
P	H	S	V	P	I	S	T	O	L	A	N	L	V
M	A	L	V	A	D	O	I	O	N	D	O	I	N
C	P	M	F	L	O	R	E	T	E	S	M	G	C